

tido hacer delante de otra mujer, y era tal el desprecio que sentiais por mí, que para vos no era yo siquiera hombre, ni siquiera merecia yo vuestro recato y vuestro pudor.

—Luis, te comprendo, perdóname.

—Ya no es tiempo, señora, elejid, os digo; ó el matrimonio ó el patíbulo.

—Luis—dijo D^a Inés arrodillándose delante de él—¿qué dirá la sociedad? ¿qué se dirá de mí?

—Dirán menos que si os ven ahorcar.

—Por Dios, Luis, ¿qué hago entonces con D. Guillen?

—Ese corre de mi cuenta: resolveos á ser mi esposa.

En este momento se oyó ruido á la entrada y llamaron á la puerta.

D^a Inés se levantó precipitadamente y limpió sus lágrimas.

—Adentro—esclamó, procurando reportarse.

—D. Guillen de Pereyra—anunció la Apipizca.

—Que pase—contestó D^a Inés.

—Ni una sola palabra de lo que ha pasado direis á ese hombre, ó sois perdida—dijo Luis.

—No—esclamó D^a Inés.

El Señorito entró, Inés le recibió con una amable sonrisa y Luis se retiró tomando un aire de respeto.

II.

De lo que Doña Inés y D. Guillen hablaron y determinaron respecto a Luis, y de lo que aconteció despues.

INÉS—dijo D. Guillen—¿qué tienes? te encuentro triste, preocupada.

—Luis, me acontece una cosa extraordinaria.

—Dímela, mi bien.

—Oh! es una cosa verdaderamente horrible, horrible!

—Qué hay pues? habla, dime, me haces estremecer.

—Guillen: Luis ha tenido el atrevimiento de proponerme que te despida, que corte relaciones contigo y que me case con él.

—¿Luis! ¿quién es Luis, amor mio? no le conozco.

—Luis es el criado de confianza que emparedó á esa mujer.

—¿Un criado! ¡un lacayo! un miserable ha tenido osadía para decirte semejante cosa? ¿y tú lo has tolerado con paciencia? ese hombre está loco, loco de atar.

—Ay Guillen! lo mismo pensé yo y se lo dije al principio; pero ha tenido el atrevimiento de amenazarme....

—Amenazarte á tí, amor mio: ¡infame! ¿y con qué te amenazó? yo le arrancaré la lengua—decía furioso el Señorito.

—Me ha amenazado con descubrir á la justicia todo lo que sabe, todo lo que ha visto, y quizá otras cosas que él es muy capaz de inventar.

—Malvado, villano! oh Inés! no temas el dicho de ese miserable; no será creído; se disipará con un soplo y nadie le considerará sino como un vil calumniador.

—No, Guillen, no te alucines; ese hombre dará pruebas á la justicia, sabrá encontrarlas, la justicia es torpe algunas veces, pero es mejor no fiarse en eso.

—Pero tanto así te ha aterrorizado el dicho y la amenaza de ese hombre?

—Sí, Guillen, no puedo negártelo, estoy preocupada; quizá porque no es la voz de Luis, sino la de mi conciencia la que me acusa; pero tengo miedo y es preciso pensar algo para quitárnosle de nuestro camino.

—Le mataré!—dijo sombríamente el Señorito.

—No creo que sea tan fácil el que lo consigas, porque él debe haber tomado sus precauciones para impedir cuanto se medite contra su persona, y he llegado á descubrir que es un hombre muy astuto.

—¿Pues entonces?

—Preciso será engañarle nosotros, escúchame; yo le prometí no decirte nada, así me lo exigió.

—Infame!

—Ahora es necesario que yo le haga creer que todo lo ignoras; además, tú debes retirarte por algun tiempo de mi casa, con objeto de que él entienda que es verdad lo que voy á decirle.

—¿Pues qué vas á decirle?

—Que he roto el casamiento que tenia arreglado contigo, que sucumbo, y que seré su mujer.

—Pero es horrible eso de tener que finjir con un lacayo.

—Horrible, pero necesario; en cambio nada alcanzará, pero la venganza será espantosa; ya lo verás Guillen, ya lo verás—y D^a Inés se sonreía como saboreando aquella venganza, de una manera que hizo temblar al mismo Señorito.

—Haré lo que quieras, Inés—dijo D. Guillen.

—Ante todas cosas, no te des por entendido; por el contrario, llama al salir á la muchacha Marta y pregúntale si no sabe por qué causa habré dejado de quererte, y encárgale que haga á Luis la misma pregunta, y no vuelvas hasta que envíe á llamarte: Guillen, de esto depende nuestra salvacion y nuestra felicidad; obedéceme y no te pesará.

—Te obedeceré.

—Bien; retírate, Guillen; adios, y hasta que estemos libres de ese infame!

—Adios—dijo D. Guillen, y salió de la estancia con un aire de disgusto que mas era verdadero que finjido.

En la ante-cámara encontró á la Apipizea.

—Marta,—la dijo—sabes tú por ventura qué le ha pasado á tu señora? ¿qué le he hecho yo que se niega ya á casarse conmigo y me despide?

—¡Os despide!—esclamó la Apipizea.

—Sí, me despide, y lo peor es que yo no sé lo que pasa aquí; espícamelo tú que quizá lo comprenderás.

—Lo ignoro tambien: D^a Inés se encerró con Luis, y hablaron largo rato.

—Bien, díle á Luis que si me esplica lo que hay le prometo una buena gratificacion.

—Se lo diré, aunque os advierto, que yo no sigo ya aquí, porque yo no soy para servir y bastante he hecho ya por vos; con que hasta aquí paramos.

—No hija, ¡por Dios, un poco mas!

—¿Un poco mas? ¡y por qué? se perdió el tiro al marqués (que en paz descansa), ya no os casais con D^a Inés: ¿qué hago yo? me voy, me voy.

—Espérate ocho dias mas.

—Ni uno, ya no aguanto.

—¡Por tú vida! buena moza.

—Pero....

—Yo te lo ruego.

—Bien, ocho dias nada mas; pero ni Cristo pasó de la cruz, ni yo de los ocho dias.

—Conformes, adios:

—Adios, ya veis cómo os quiero siempre.

—Gracias, algun dia sabré pagarte.

D. Guillen salió de la casa pensando:

—Si D^a Inés no puede hacer nada con ese miserable, la Apipizca me servirá muy bien para quitármele de enmedio, sin que lo sienta ni la tierra. ¡Con quién quiere luchar ese gusano!

D^a Inés permaneció encerrada todo el dia; Luis rondaba su cámara y se encontró con la Apipizca.

—Está durmiendo la señora?—preguntó Luis con admirable sencillez.

—Creo que no, Luis; ¿querias hablarla?—contestó la Apipizca.

—Sí.

—Entra, pero antes óyeme, tengo un recado para tí.

—¿Para mí? y de quién?

—De D. Guillen.

—¿De D. Guillen?—preguntó Luis con inquietud—¿qué me quiere?

—Ofrecerte una buena propina en cambio de un servicio.

—¿Y qué servicio es ese?

—Muy sencillo; D. Guillen desea saber por qué la señora le ha despedido y ya no quiere casarse con él.

—¿Le ha despedido? ¿ya no quiere casarse?—esclamó Luis con los ojos radiantes de alegría.

—Vaya, parece que te alegras, Luis; ¿qué te importa que el ama se case ó no con D. Guillen?

—Toma! pues á mí nada: ¿pero es cierto que le ha despedido?

—Como que el mismo D. Guillen me lo ha dicho, y me ha ofrecido darte una gala si averiguas la razon.

—Pues muy pronto se lo diré yo mismo—contestó Luis, con un aire tan irónico, que la Apipizca lo miró con estrañeza.

—Sabes, Luis,—dijo—que noto en tí alguna cosa que no es natural?

—Ya verás, ya verás lo que pasa—dijo Luis tomando un cierto tono de fatuidad, que provenia de que le era imposible disimular su alegría y su orgullo al figurarse ya casado con D^a Inés, y dueño de grandes riquezas.

—Cada vez me parece que hay aquí algun gran misterio—pensó la Apipizca.

—Entro á ver á D^a Inés—dijo Luis, abriendo la puerta sin ceremonia, y entrando.

—¿Qué habrá?—pensó Marta—yo lo averiguaré.

Y acercándose cuidadosamente á la puerta se puso á escuchar; pero solo pudo percibir estas palabras que D^a Inés decia á Luis:

—Ha sido para mí un sacrificio inmenso, pero creo que estarás satisfecho.....

Lo que Luis contestó y lo demas de su conversacion, no lo pudo percibir ya la muchacha; pero aquella conferencia se prolongó por mas de dos horas.

Al fin, la puerta se abrió y Luis salió radiante de alegría y tan preocupado, que no miró siquiera á la Apipizca, y pasó á su lado diciendo á media vos:

—Despues de esto no puede ya engañarme.....

D^a Inés llamó y la Apipizca entró á verla, la dama estaba sumamente preocupada.

Marta la ayudó á desnudarse, y D^a Inés sin hablarle una sola palabra se metió en la cama.

—Retírate ya—dijo.

La Apipizca salió: á su turno ella estaba tambien preocupada; mil ideas á cual mas absurdas cruzaban por su cerebro; retiróse á su aposento que estaba al lado del de D^a Inés, y despues de mucho pensar, esclamó:

—Vamos, ya veo claro. D^a Inés ha gustado mas de Luis que de D. Guillen; todas las mujeres somos caprichosas, pero las ricas y las nobles sobre todo.... hace bien, para eso es rica y tiene dinero.... yo haria lo mismo: lo que importa es avisar á D. Guillen y largarme de aquí.

III.

Cómo D. Lope comienza á vislumbrar algo del paradero de Doña Laura.

L Tapado seguia moribundo en su calabozo; la Audiencia considerándolo ya como una presa segura, habia cesado de hostilizarlo, esperando que su Divina Majestad fuera servida de llamarle á sí, ó que le diese su completa salud para poder ahorrarle descansadamente y con toda la pompa necesaria, á fin de hacer un ejemplar saludable para todos los que en lo sucesivo pudieran pensar algo contra los reales derechos de su rey y señor.

Sin embargo de esto, D. Frutos no dejaba de seguir la pista á la conspiracion que tanto le habia desvelado, y en la que creia indudablemente encontrar complicado al virey.

La audiencia debia gobernar el reino si el virey faltaba. D. Frutos gobernaba la audiencia, luego D. Frutos seria el verdadero virey en el caso de que se lograra la caída del marqués de la Laguna.

No dejaba este pensamiento de atormentar al oidor, y era por eso que se fatigaba por descubrir algo.

D^a Inés no habia podido revelarle grandes cosas; pero